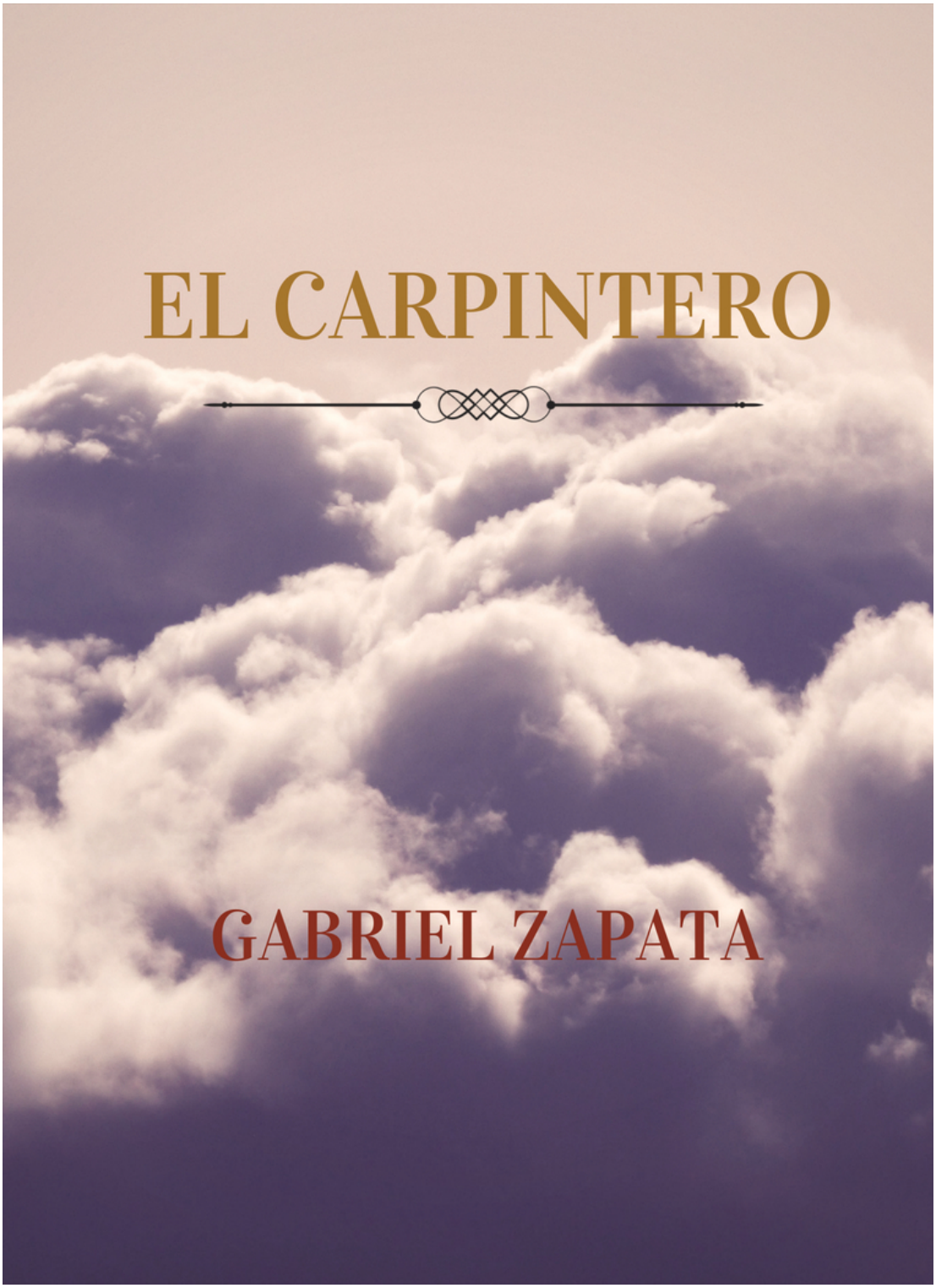
El Carpintero

Gabriel Zapata



Capítulo 1

El carpintero

La niña se acerca a su padre, tan sigilosa como un gato. El aserrín cruje bajo sus pies descalzos y observa a su padre martillar. Gotas gordas de sudor cubren el rostro amargo del carpintero. Se ha quitado la camisa y los vellos en su pecho se miran ya grises, como las nubes de esa tarde.

—¿Qué haces, papi? —dice la niña. Levanta el brazo y acaricia su coleta que chorrea sobre uno de sus hombros.

El carpintero da un último golpe al clavo de aquella madera. Se da la vuelta y arroja su martillo al suelo. La niña rodea la mesa de trabajo y admira la madera ya lijada. Quiere tocarlo, pero sabe que a su padre nunca le ha gustado que jueguen con sus cosas.

—Creo que va a llover —dice la niña en un susurro. Un viento surge y el aserrín del suelo se levanta en pequeños remolinos.

El carpintero regresa a la mesa de trabajo. En una mano sostiene una lata de barniz la cual ha abierto con fácil costumbre y en la otra una brocha de cerdas desgastadas.

—¿Qué es lo que has construido? —pregunta la niña, mirando con ojos somnolientos.

Gruesas gotas de lluvia golpean el techo metálico del taller, anunciando la llegada del verdadero aguacero. Los pájaros vuelan para protegerse y los vecinos salen de sus casas a recoger la ropa que se secaba al calor del sol. El carpintero, ignorando el clima, le da el primer brochazo a la madera y el barniz se adhiere con rapidez.

—¿Qué es, papi? Dime, por favor —dice la niña, quien percibe el olor de la tierra mojada de allá afuera.

El carpintero piensa que debe estar en un sueño. En una de esas borrosas pero vívidas escenas que la mente produce sin siquiera pedirle permiso al soñador. El carpintero, siempre concentrado en su trabajo, reprime sus lágrimas y sin mirar a la niña dice con voz quebrada:

—Es tu ataúd.

Los árboles se sacuden ante la gélida brisa y la lluvia comienza a mojarlo todo en torrentes desafortunados.